



### III

#### El vencimiento

**D**ABA la una de la noche el reló de San Gervasio. Hacía tanto frío que los menudos copos de nieve esparcidos en el aire se helaban al caer, tendiendo en el suelo una espesa capa blanca y crugiente.

Risler, envuelto en la suya de paño, volvía de la cervecería á buen paso por el desierto *Marais*. Y vol-

vía muy contento el bonachón, como que venía de celebrar, en compañía de sus dos fieles prestamistas, su primera salida, el término de aquella larga reclusión á que lo había obligado la vigilancia de su *estampadora* ya en actividad, con todas las dificultades y goces, desalientos y satisfacciones del inventor. Había sido obra longuísima. De buenas á primeras se había echado de ver en ella un defecto: la *agarradora* no agarraba ó agarraba mal, y había sido preciso estudiarla de nuevo, perfeccionarla; hasta que al fin, aquel mismo día, habiendo hecho nuevo ensayo, todo salía á pedir de boca. El bueno del hombre triunfaba. Parecía que acababa de pagar una deuda, dando á la casa Fromont el beneficio de una invención que había de disminuir el trabajo de mano, y por consiguiente los jornales, aumentando los productos y el crédito de la fábrica.

Con esto venía meciéndose en los más bellos sueños al compás de su majestuoso paso.

¡Cuántos proyectos! ¡Y esperanzas, cuántas!

Podría abandonar la casita de Asnières, que no llenaba ya los deseos, ni menos satisfacía el buen gusto de Sidonia, y comprar una hermosa quinta á diez ó quince leguas de París, señalar á su suegro una pensión más decente, favorecer más á menudo al ilustre Delobelle, cuya pobre esposa se mataba trabajando; hasta proyectaba traerse consigo á su hermano Franz, obedeciendo á su más ardiente deseo.

En efecto, sin cesar pensaba en aquel pobre muchacho desterrado en un país insalubre, á voluntad de una administración tiránica que daba licencia á sus empleados para llamarlos luego sin explicación ninguna; porque Risler había tomado muy á pechos la partida tan rápida é inconcebible de su hermano; y aquella su breve estada, que apenas le había dado tiempo para echar con él un párrafo, había reaviva-

do todos sus recuerdos de cariño y de vida común.

Por eso, daba por hecho que cuando la impresora ayudara sus buenos deseos, no faltaría un hueco en la fábrica donde meter al ingeniero, que á su lado sabría labrarse un porvenir.

Como siempre, el bueno de Risler no pensaba sino en el bien de los demás, siendo su egoísmo único, su única satisfacción verlos á todos contentos y felices á su alrededor.

Andando andando, llegó á la esquina de la calle de *Vieilles-Haudriettes*. Una larga hilera de coches se extendía por delante de la casa, y los reflejos de sus linternas y las sombras de los cocheros guareciéndose de la nieve bajo los aleros, animaban aquel desierto y silencioso barrio.

—¡Pardiez!—exclamó el buen Risler.—En verdad... tenemos baile en casa.

Entonces recordó que Sidonia daba un gran sarao musical y danzante, al cual lo había dispensado de asistir, sabiendo que estaba muy ocupado.

En medio de sus proyectos, de sus visiones de generosa riqueza, aquella fiesta doméstica, cuyos ecos llegaban ya á sus oídos, acabaron de alegrarlo y enorgullecerlo. No sin cierta solemnidad empujó la pesada puerta entreabierta para las entradas y salidas de los convidados, y allá en el fondo del jardín, vió todo el segundó piso de la casa espléndidamente iluminado.

Algunas sombras pasaban, repasaban, volvían á pasar, á repasar vertiginosamente por detrás del flotante velo de las cortinas; la orquesta, adivinada por su flujo y reflujo de sonidos apagados, parecía seguir el movimiento de aquellas fugaces sombras. Estaban pues bailando. Fijó la vista momentáneamente Risler en la fantasmagoría del baile, y en un gabinete contiguo al salón conoció la sombra de Sidonia.

Estaba en la recta actitud de una elegante en el to-

cador. Detrás de ella, otra sombra más pequeña, sin duda mistress Dobson, se ocupaba en reparar algún desarreglo del tocado. Todo esto era muy vago, pero la gracia de la mujer se revelaba en aquellas líneas y contornos apenas indicados, y Risler permaneció allí buen espacio admirándola.

En el principal era chocante el contraste. No se veía allí cosa de luz, salvo la que pálida y triste y como oculta, temblaba entre los tapices del dormitorio. Risler notó este detalle; y como la niña había estado algo doliente días antes, recordó la agitación singular con que Clara había pasado aquella tarde por su lado, y desandando sus pasos con cierta inquietud fué hasta la casilla del tío Aquiles á pedir noticias.

La casilla estaba llena de cocheros, que se calentaban á la estufa, charlando y riendo al humo de sus pipas.

Cuando Risler apareció, sucedió un profundo silencio, silencio súbito, curioso, escrutador, pesado. Sin duda estaban hablando de él.

—¿Está la niña de los señores Fromont todavía mala?—preguntó Risler.

—La niña no.

—Pues ¿quién?

—El amo.

—¿Mr. Fromont está malo?

—Sí, señor... algún aire que le ha dado esta tarde al volver. Yo mismo he ido á llamar al médico, y según él, no es cosa mayor... sólo necesidad de reposo.

Y mientras Risler volvía á cerrar la puerta de la casilla, añadía á media voz el tío Aquiles, con esa insolencia de inferior, entre cobarde y audaz, que quiere y no se atreve á ofender:

—¡Pardiez! lo que es en el principal no están para bailoteos como en el segundo.

He aquí ahora lo que había pasado:

Al volver aquella tarde Jorge Fromont, hubo de ver en su esposa una fisonomía tan imponente y extraña, que desde luégo adivinó una catástrofe; sino que estaba ya tan hecho á la impunidad de su traición, en dos años de no turbado devaneo, que ni siquiera le pasó por la cabeza que su mujer supiera nada de su secreto.

Por su parte la bondadosa Clara, por no abrumarlo más, llevó su generosidad hasta el punto de no hablarle más que del asunto de Savigny.

—El abuelo no ha querido—dijo lacónica y secamente.

El desgraciado se puso pálido como el azufre.

—¡Estoy perdido!—repitió dos ó tres veces con el extravío de la fiebre.

Y sus noches de insomnio, y la violenta escena que acababa de tener con Sidonia para ver de impedir que diera el baile la víspera de su ruina, y la negativa del viejo Gardinois, todas estas subversiones que se enlazaban entre sí y lo habían agitado sucesivamente, se resolvieron en una crisis nerviosa.

Clara tuvo piedad de él, hizo que se acostara y se instaló ella á la cabecera de la cama. Procuró hablarle y aun alentar su abatido espíritu; pero su voz no tenía ya ese acento de ternura que calma y persuade. Lejos de ello, en su voz, en su gesto, en la manera de levantar la almohada bajo la cabeza del enfermo y de prepararle un calmante, se echaba de ver tal indiferencia tal y tanto despego...

—Te he arruinado—le decía Jorge de vez en cuando, como para sacudir aquella frialdad que lo mortificaba.

Clara hacía un gesto desdeñoso, como si á su vez quisiera decir:

—¡Ah! ¡si no fuera más que eso!...

Por fin, los excitados nervios se calmaron, la fiebre cedió, y el enfermo se durmió profundamente.

Clara permaneció á su lado velándolo.

— Es mi deber — se decía.

¡ Su deber !

En estos momentos comenzó á animarse el baile en casa de Sidonia, en el segundo piso de la casa. El techo temblaba, tanto más, cuanto que para facilitar las danzas, había hecho quitar madama Risler las alfombras de los salones. Á las veces también llegaba á oídos de Clara el ruido de las voces, de las risas, de los aplausos numerosos, prolongados y bien nutridos estos, porque no eran pocos los admiradores, tantos como los convidados.

Clara reflexionaba entretanto. No se agotaba en lamentaciones estériles. Sabía que la vida es inflexible y que no hay fuerza de raciocinio que detenga la triste lógica de su inevitable rumbo. No se preguntaba cómo había podido aquel hombre engañarla tanto tiempo, cómo por un capricho había podido perder la hacienda, el honor, la paz, la dicha de su familia. Este era el hecho, y ninguna de sus reflexiones podía borrarlo, reparar lo irreparable. Lo que la preocupaba era el porvenir. Una nueva existencia se desenvolvía á sus ojos, sombría, severa, llena de trabajos y privaciones; y por un efecto singular, la ruina, en lugar de espantarla, aún le hacía recobrar todo su aliento. La idea de un cambio necesario á las economías que había que hacer, de un trabajo forzoso para Jorge y acaso para ella también, daban no sé qué actividad á la aparente calma de su desesperación. ¡ Qué pesada carga de almas iba á tener encima con sus tres hijos: su madre, su hija y su marido ! El sentimiento de su responsabilidad le vedaba enternecerse mucho y llorar sobre su desgracia, sobre las ruinas de su amor; y á medida que se olvidaba de sí misma, pensando en los débiles seres que tenía que proteger, comprendía más y mejor el gran sentido de la palabra *sacrificio*, tan

vaga en labios indiferentes, tan seria cuando viene á ser un principio de conducta, una regla de vida.

He aquí en qué pensaba la pobre señora en aquella triste vela, vela de armas y de lágrimas con que se preparaba al gran combate; he aquí lo que alumbraba la trémula y oculta luz que Risler había visto, como una estrella caída de las espléndidas arañas del baile.

Tranquilizado con la contestación del tío Aquiles, el bueno de Risler pensó en subir á su aposento rehuuyendo danzas y danzantes de que se curaba poco.

En estas evasiones solía servirse de una escalera excusada que se comunicaba con el despacho de la caja. Penetró, pues, en los talleres, que el reflejo de la luna alumbraba como de día claro y donde se respiraba aún la atmósfera del trabajo del día, un calor contenido, lleno de olores de talco, de barniz. Los papeles tendidos en los sequeros formaban largas hileras; por todas partes se veían utensilios, blusas colgadas por aquí y por allá, dispuestas para el día siguiente. Nunca pasaba Risler por allí sin placer.

De pronto, al extremo de estas cuadras desiertas, vió luz en el despacho de Planus. El viejo cajero estaba aún trabajando, cosa extraordinaria, porque era ya la una de la madrugada.

El primer movimiento de Risler fué volver atrás; porque desde su enojo incomprensible con Sigismundo, desde que notó en éste la reserva fría y muda que no acertaba á explicarse, rehuía encontrarse con él cara á cara. La amistad ofendida le había siempre alejado de una explicación, que por otra parte deseaba. Sin embargo, esta noche sentía tal necesidad de expansión, de cordialidad, y sobre esto, era tan favorable la coyuntura para tener una entrevista con su antiguo amigo, que no haciendo ya escrúpulos de nada, entró francamente en el despacho del cajero.

Éste estaba sentado, inmóvil, en medio de un cú-

mulo de carpetas y librotes, algunos de los cuales se habían deslizado al suelo. El ruido de los pasos no le hizo cambiar de actitud; ni siquiera se dignó levantar la vista... había reconocido el andar de Risler.

Risler vaciló tímidamente un instante: luego, impulsado por uno de esos resortes que llevamos en nosotros y que, á pesar de todo, nos ponen en la vía de nuestro destino, se fué derecho á la barandilla de la caja.

—¿Sigismundo?... — dijo con voz grave.

El viejo levantó la cabeza en silencio y dejó ver un rostro severo y contraído, en que corrían dos gruesas lagrimas, las primeras acaso que aquel hombre-guarrismo hubiera derramado en su vida.

—¿Estás llorando, amigo mío? ¿Qué tienes?

Y el bueno de Risler, enternecido también, tendió la mano á su amigo, el cual retiró la suya brusca-mente.

Este movimiento fué tan instintivo y violento, que toda la emoción de Risler se trocó en indignación.

Entonces se irguió imponente.

— Te he ofrecido la mano, Sigismundo Planus.

— Y yo no quiero dártela — contestó Planus levantándose, no menos severo.

Sucedió un silencio pavoroso, durante el cual se oyó la música ahogada de la orquesta y el ruido del baile, ese ruido pesado y brutal del piso sacudido por el ritmo de la danza.

—¿Por qué rehusas darme la mano? — preguntó simplemente Risler, mientras la barandilla en que se apoyaba crujía bajo la suya crispada.

Sigismundo estaba enfrente de él, con las dos manos sobre la mesa, como para poner bien en su lugar y á plomo lo que iba á decir.

—¿Por qué?... Porque ha arruinado usted la casa, porque muy pronto vendrán del Banco á cobrar cien

mil francos, y por culpa de usted no hay en caja un céntimo con que atender á esta obligación. Ya sabe usted el por qué.

Risler estaba estupefacto.

—¿Yo he arruinado la casa? ¡Yo! yo!

— ¡Usted! usted! Sí, señor: Y ha hecho usted otra cosa peor, que es haberla arruinado por medio de su mujer, entendiéndose con ella para explotar nuestra ruina y su propio deshonor... ¡Oh! Bien claro está el juego. El dinero que su mujer de usted ha sonsacado al incauto señor Fromont, la casa de Asnières, los diamantes y demás alhajas, todo eso debe ponerse á su nombre y así está fuera de peligro. Ahora no le falta á usted más que retirarse y negocio redondo.

— ¡Oh! — exclamó Risler con voz apagada, comprimida, insuficiente para la multitud de pensamientos que tenía que expresar.

Y balbuceando tiró hacia sí de la barandilla con tanta violencia que la hizo crujir, estallar, romperse; dió luego unos pasos vacilantes y cayó al suelo, quedando sin movimiento, sin habla, conservando sólo la firme voluntad de no morir sin justificarse. Menester era que esta voluntad pudiera mucho, porque mientras las sienes le latían amartilladas por la sangre que le bañaba el rostro, mientras zumbaban sus oídos y sus velados ojos parecían ya vueltos hacia lo desconocido, el desgraciado se decía á sí mismo con voz ininteligible, con esa voz de los naufragos que tragando agua y forcejeando con el viento de la tempestad, todavía dicen: Es preciso vivir... es preciso vivir.

Luégo le volvió la conciencia de los hechos, hallóse sentado en el diván en que los operarios se agrupaban el día de pago, con la capa en tierra, la corbata desanudada, la camisa abierta, hendida por el cortaplumas del cajero.

Por fortuna, se había herido las manos al arrancar

la rejilla, la sangre había corrido en abundancia y esto había bastado para impedir un ataque de apoplejía.

Al abrir los ojos vió á su lado al viejo Sigismundo y á Clara, á quien el cajero en su apuro había ido á llamar.

En cuanto pudo hablar, á ella fué á quien se dirigió el pobre Risler:

—¿Es verdad, señora, lo que acaban de decirme?

Clara no tuvo valor para engañarlo, y desvió la mirada.

—Según eso—repuso el desgraciado—según eso, la casa está perdida y he sido yo quien...

—No, Risler, amigo mío; no ha sido usted...

—¿Ha sido mi mujer, no es verdad? Esto es horrible. Vea usted, señora, cómo he pagado yo mi deuda de gratitud. Pero á lo menos, señora mía, usted no me tendrá por cómplice de esta infamia.

—No, no, amigo mío: tranquilícese usted. Yo sé que es usted el hombre más honrado de la tierra.

Risler la miró un momento con los ojos húmedos, los labios trémulos, las manos juntas, como si orara ante la Virgen del altar, porque todas las manifestaciones de aquella alma sencilla tenían este sello de ingenuidad infantil.

—¡Oh! Señora, señora mía! ¡Qué desesperación pensar que he sido yo la causa de vuestra ruina!

En el golpe tremendo que lo hería, no quería ver más que el desastre de la casa Fromont, causado por su ceguedad respecto de Sidonia.

De pronto se levantó rudamente.

—Ea, no es esta ocasión de enternecernos: es preciso arreglar nuestras cuentas.

Clara tuvo miedo.

—Risler, Risler ¿á dónde va usted?

Creyó que iba á buscar á Jorge.

Risler la comprendió, y frunció los labios en soberana sonrisa, sonrisa de desdén.

—Tranquilícese usted, señora: Mr. Fromont puede dormir descuidado. Tengo que hacer algo más urgente que vengar mi honor de marido. Espérese usted: vuelvo al momento.

Y en diciendo esto se lanzó á la escalerilla.

Confiada en su palabra, quedó Clara enfrente de Sigismundo, en uno de esos momentos supremos é indecisos que parecen largos por las dudas y suposiciones que abarcan.

Algunos instantes después, un ruido de pasos precipitados y frotamiento de ropas llenó la estrecha y sombría escalera.

Sidonia fué la primera que apareció. Venía en traje de baile, espléndida, lujosa, pero tan pálida que sus joyas parecían más vivas que ella misma, sembradas sobre el mármol frío de una estatua.

La fatiga del baile, el temblor de la emoción y de su rápida carrera hasta allí, agitaban todo su cuerpo, y sus ligeras cintas, sus volantes, sus flores, sus ricos adornos, se borraban, desaparecían trágicamente alrededor de ella.

Risler la seguía, cargado de estuches, de cofrecitos, de papeles. Al llegar allá arriba, forzó la cómoda de su mujer, tomando de ella cuánto contenía de precioso, en joyas, títulos de renta y de propiedad. Después, desde la puerta del gabinete llamó en alta voz á Sidonia, la cual acudió inmediatamente, sin que nada de esta rápida escena trascendiera á los extraños, entonces en toda la animación del sarao. Sidonia comprendió desde luégo que pasaba algo grave.

—Venga usted conmigo—dijo Risler:—todo lo sé.

Quiso ella poner cara de inocencia y protestar con altivez; pero Risler la agarró del brazo con tal violencia, que hubo de recordar ella á su pesar las palabras

de Franz: «Él morirá acaso, pero te matará antes.» Como tenía mucho miedo á la muerte, se dejó llevar sin resistencia y ni siquiera tuvo fuerzas para mentir.

—¿Á dónde vamos?— preguntó en voz baja.

Risler no le contestó, y apenas tuvo ella tiempo para echarse sobre los desnudos hombros, con ese cuidado de sí misma que nunca le abandonaba, un ligero velo de tul. Risler la arrastró, la empujó más bien á la escalera de la caja, que bajó pisándole los talones temiendo que se le escapara la presa.

—Aquí está esto— dijo al entrar.— Hemos robado y restituimos. Toma, Planus, aquí hay de qué hacer dinero con todo esto.

Y depositó sobre la mesa del cajero los despojos de que venía cargado.

Volviéndose luégo á su mujer:

—Ahora— le dijo— despójese usted de todas esas joyas que lleva indignamente... ¡Sin demora!

Sidonia obedecía de mala gana, abriendo lentamente los resortes de sus brazaletes y zarcillos y sobre todo el del collar de diamantes en que la inicial S no sino parecía una serpiente dormida.

Impacientado Risler con tanta lentitud prestó ayuda á su mujer cortando por lo sano, esto es rompiendo brutalmente los resortes: el lujo crujía entre sus dedos, como castigado.

—Yo también— añadió— es preciso que yo también me despoje de lo que no me pertenece. Aquí está mi cartera. ¿Qué tengo más?... ¿Qué más tengo?...

Y el buen Risler se registraba febrilmente los bolsillos.

—¡Ah! mi reló... con cadena y todo vale cuatro mil francos. Y mi anillo nupcial. Todo á la caja, todo. Tenemos que pagar esta mañana cien mil francos. En cuanto Dios antañezca, nos pondremos en campaña, vendiendo, empeñando, haciendo dinero de cualquier

modo que sea. Sé de álguien que tiene gana de la casa de Asnières. Esto será cosa hecha.

Risler hablaba y obraba solo.

Sigismundo y Clara lo miraban en silencio.

Sidonia parecía inconsciente. El aire frío que entraba del jardín por la entreabierta puerta le hacía tiritar, y recogía maquinalmente los pliegues de su vestido, con los ojos fijos y el pensamiento extraviado.

¿Oía á lo menos los violines de aquel baile cuya melodía llegaba en los intervalos de silencio como una ironía feroz con el pesado ruido de los danzantes que hacían crujir el techo bajo sus piés?

Una mano de hierro que cayó de súbito sobre ella, la sacó de su estupor.

Risler la había cogido del brazo, y arrastrándola ante la esposa de su consocio, le dijo con voz tremenda:

—¡De rodillas!

Clara retrocedió oponiéndose á esta humillación.

—No, Risler, amigo mío; eso no.

—Es preciso—repuso el implacable Risler.—Restitución y desagravio.

—Yo la perdono.

—¡De rodillas, miserable!

Y con un movimiento irresistible arrojó á Sidonia á los piés de Clara, sin abandonar su brazo, atornillado en su mano.

Hubo un momento de asombro en que nadie se resistió ni profirió una palabra. Mandaba él.

—Va usted á repetir ahora palabra por palabra todo lo que yo vaya diciendo. Repita, pues: «Señora...»

Sidonia, medio muerta de miedo, repitió con voz apagada y trémula:

—Señora...

—Más alto y claro «Señora...»

—Señora...

— « Toda una vida de sumisión y humildad... »

— Toda una vida... de sumisión y... humild... No puedo continuar — gritó Sidonia levantándose en un arranque de bestia brava.

Y desasiéndose en su ímpetu de las manos de Risler, huyó por la entornada puerta, que la llamaba á las tinieblas de la noche y á la libertad de la fuga, y siguió corriendo á cielo abierto y á la inclemencia del nivoso viento que azotaba su rostro y sus desnudos hombros y su no más vestido seno.

— Detenedla, detenedla — dijo Clara con afán. — Risler, Planus, os lo ruego; no la dejéis partir así, por el amor de Dios.

Planus dió un paso hacia la puerta.

Risler lo atajó, diciendo:

— Te próhibo moverte de aquí. Y pido á usted perdón, señora, pero tenemos que tratar de asuntos igualmente importantes, aunque diferentes. Aquí no se trata ya de Sidonia, sino del honor de la casa Fromont, el único que me preocupa en este momento. Ea, Planus, á tu caja y vamos á echar cuentas.

Sigismundo le estrechó la mano.

— Eres un hombre honrado, Risler; perdóname el agravio de haber sospechado de ti.

Risler aparentó no oirlo.

— Decíamos que hay que pagar hoy cien mil francos. ¿No es esto?

— Exactamente.

— ¿Qué existencia hay en caja?

Y diciendo esto, se sentó al escritorio y se puso á revisar los libros y las inscripciones de renta, abriendo luego los estuches y valorando con ayuda de Sigismundo, cuyo padre había sido joyero, todos aquellos diamantes y alhajas que había admirado antes en su mujer sin sospechar su valor ni menos su procedencia.

Entre tanto, miraba Clara temblando de inquietud al través de la vidriera el jardín cubierto de nieve donde las huellas de Sidonia se borraban ya bajo los espesos copos que caían, como para dar á entender que aquella fuga era definitiva.

Y allá arriba, en aquella casa á la diablo, aún continuaba la atroz ironía del baile. Verdad es que los inconscientes convidados suponían que el ama de la casa estaba dando afuera sus últimas órdenes para el buen servicio del ambigú, mientras huía la desgraciada de la casa conyugal, descubijada, desceñida, avergonzada, cubierta de nieve y de lodo, con frío glacial en el seno y calientes sollozos de rabia y desesperación en los mordidos labios.

¿ Á dónde iba?

Se había ido como una loca, cruzando el jardín, los patios de la fábrica, las sombrías bóvedas en que zumbaba el viento siniestro y glacial. El tío Aquiles ni la había reconocido: habían pasado aquella noche tantos fantasmas blancos...

La primera idea que le vino á las mientes fué ir á reunirse con el tenor Cazaboni, á quien al fin y al cabo no se había atrevido á convidar al baile; pero vivía el cantor en Montmartre, y era mucho camino este para el traje que llevaba ella en medio de la crudeza del tiempo; tampoco tenía la certidumbre de encontrarlo en su casa. Sus padres la habrían recibido bien, á no dudar; pero no estaba para sermoneos y oía ya las jeremiadas de su madre y los discursos con apéndice de su verboso padre... Entonces pensó en Delobelle, en su antiguo amigo Delobelle. En la caída de todos sus esplendores, se acordó de quien había sido su primer iniciador en la vida social, de quien le había dado las primeras lecciones de baile, de elegancia y porte y aún le enseñó á ser bella, antes de que se lo hubiera dicho nadie. Un presentimiento le decía que



aquel postergado grande hombre le daría la razón contra todo el mundo.

Con esta resolución subió á un coche de los parados á la puerta, y enderezó á casa del comediante en el bulevar Beaumarchais.

Hacia algún tiempo que la pobre mujer de Delobelle hacía sombreros de paja para la exportación, oficio triste, si los había, que le producía apenas dos francos, cincuenta, en doce horas de trabajo.

Con todo eso, el ilustre Delobelle continuaba engordando á proporción que su esposa enflaquecía. Precisamente estaba para destapar una sabrosa sopa conservada en su punto de calor al rescoldo del hogar, cuando llamaron á la puerta con cierta viveza.

El comediante, que acababa de ver representar no sé qué siniestro drama, salpicado de sangre hasta en el reclamo ilustrado de su cartel, se estremeció, como debía, al oír llamar tan á deshora.

— ¿Quién? — preguntó con cierta inquietud.

— Yo... Sidonia... Pronto.

Delobelle franqueó la puerta sin demora.

Sidonia entró tiritando y se aproximó á la chimenea donde apenas quedaba rescoldo. Y habló sin preámbulos, desfogó la cólera que hacía una hora la ahogaba, y mientras refería la escena de la fábrica, sofocando los arranques de su voz, por no despertar á la fatigada vieja, que dormía allí al lado, el lujo de su traje en aquel quinto piso tan pobre y desmantelado, su tocado elegantísimo, bien que estropeado, en medio de aquellas pilas de vulgares sombreros y de aquellos residuos de paja esparcidos por el desnudo suelo, todo causaba la impresión de un drama trágico, de uno de esos terribles sacudimientos de la vida, en que clases, sentimientos y fortunas se confunden bruscamente.

— ¡Oh! no volveré ya á mi casa. Se acabó... Libre, soy ya libre.

— Pero, en fin — preguntó Delobelle — ¿quién ha podido delatarte al bueno de tu esposo?

— Franz, sin duda, Franz; estoy convencida de ello. Á nadie hubiera creído, sino á él... Precisamente anoche llegó una carta de Egipto. ¡Oh! ¡Cómo me ha tratado Risler delante de aquella mujer! ¡Obligarme á hincarme de rodillas á sus piés!... Pero, por quien soy, me vengaré... ¡me vengaré! Por fortuna, he tenido tiempo de tomar, antes de huir, el instrumento de mi venganza.

Y la sonrisa de sus primeros días, se asomó como un áspid venenoso al nido de sus labios.

El cómico de la legua escuchaba la narración de este drama con el mayor interés. Á pesar de la compasión que sentía por el bueno de Risler, y aun por la misma Sidonia, que en estilo de teatro, le parecía una *culpable interesante*, no podía menos de mirar la acción desde un punto de vista escénico, y arrastrado por su manía, arrastrada también, acabó por exclamar:

— ¡Qué situación tan magnífica para un quinto acto!

Sidonia no lo oyó ó no lo entendió. Preocupada con algún mal pensamiento, de que sonreía de antemano, acercóse más á la chimenea para arrimar más al calor sus medias caladas y sus zapatos... calados también, aunque por otro estilo.

— ¿Y qué piensas hacer ahora? — le preguntó Delobelle al cabo de una pausa.

— Permanecer aquí hasta el día... descansar un poco, y mañana... mañana será otro día y veremos.

— Lo malo es que no tengo cama que ofrecerte, hija. Mi mujer está ya acostada y...

— No sienta usted por eso, amigo mío. En esa butaca dormiré, sin incomodar á nadie.

El cómico suspiró.

— ¡Ah! Esta butaca era la de nuestra pobre Zizi...

En ella pasó muchas noches en claro, cuando la labor urgía... ¡Ah! los que se van son siempre los más felices.

Delobelle tenía siempre en la punta de la lengua alguna de estas máximas egoístas y consoladoras.

Pero no bien la hubo pronunciado, cuando recordó con despecho que se le enfriaba la sopa.

Sidonia notó el gesto.

—¿Iba usted á cenar? Continúe usted con franqueza.

—Sí, á cenar iba, cuando entraste. ¿Qué quieres, hija? Esto forma parte del oficio, de la ruda existencia que llevamos los consagrados á la escena; porque ya lo ves, yo me mantengo firme en mi honrosa profesión, á la que no puedo, ni debo, ni quiero renunciar jamás.

Lo que quedaba aún del alma de Desiderata en el seno de aquel miserable hogar, donde había vivido veinte años, debió de estremecerse ante semejante protesta.

El comediante prosiguió:

—Por más que digan, siempre es la mejor profesión del mundo. El autor es libre, sin dependencia ninguna; todo para la gloria y para el público... ¡Ah! Yo que tú, harto y sobrado sabría lo que debiera de hacer. No, tú no habías nacido, Sidonia, para vivir entre esos mercachifles ¡qué diablos! Á ti te vendría de molde la vida del arte, la fiebre del éxito, las emociones, los aplausos...

Hablando así, tomó asiento á la mesa, se puso la servilleta al cuello, como los niños mamantones y los viejos obesos y gastrónomos, y se colmó el plato de sopa.

—No hay que decir—añadió con intención picaresca—que tus triunfos de mujer bella y galante, aún favorecerían tus triunfos de actriz. Yo mismo podría darte lecciones de declamación, y con buena voluntad, por tu parte, sobre tu buena voz, tu buena inteligencia y demás accidentes, llegarías á tener un porvenir magnífico, que te consolara de este malogro.

Y sin más, como para iniciarla en las alegrías del

arte dramático, exclamó muy oportunamente por otro concepto:

—Pero, ahora que me acuerdo, tú no habrás cenado ¿eh? Eso ahonda las emociones. Acércate y toma un plato... Apuesto cualquier cosa á que no has comido sopa como esta há mucho tiempo.

Delobelle fué al armario y lo revolvió todo buscándole un cubierto y una servilleta, que al fin encontró.

Sidonia se sentó enfrente de él y cenaron mano á mano, riéndose de las dificultades de la instalación.

Habiendo entrado ya en calor, muy luégo estuvo menos pálida; hasta brillaba en sus ojos cierto gracioso esplendor, producido por las lágrimas de antes y las risas de ahora.

Toda su felicidad estaba perdida para siempre: honor, familia, bienes de fortuna... acababa de sufrir todas las humillaciones, todos los desastres. Con todo esto, sintióse aliviada, feliz, de camino para el país de Bohemia, su verdadero país.

¿Qué iba á sucederle aún? ¿De cuántos altos y bajos se compondría su nueva existencia, imprevista y caprichosa?

En esto pensaba Sidonia dormitando en la butaca de Desiderata; pero no es esto solo: también pensaba en su venganza, que tenía en la mano, fácil, segura, tan segura como cruel.

